

LECCIÓN: Los hombres de los últimos tiempos // Ramón Ubillos DISCIPULADO CUERPO DE CRISTO 2025

Introducción: El carácter en los últimos tiempos

La reflexión acerca del carácter de los hombres de los últimos tiempos, basada en 2 Timoteo 3:1–5, revela una imagen profunda y a la vez inquietante de la condición humana sin Dios. La Palabra describe una sociedad marcada por el egoísmo, la soberbia, la ingratitud y la falta de afecto natural. Sin embargo, esta enseñanza no busca simplemente señalar las fallas humanas, sino llevar a cada creyente a examinarse y permitir que su carácter sea transformado conforme al carácter de Cristo. La asignatura de carácter, por tanto, no es solo un estudio, sino un llamado a la transformación personal.

El egoísmo y la naturaleza humana

El egoísmo aparece como uno de los rasgos más evidentes de la naturaleza humana caída. Todos nacemos con la tendencia a ponernos en el centro, a pensar que los demás deben girar en torno a nuestras necesidades y emociones. Nos molestamos cuando alguien nos hiere, pero nos sentimos satisfechos cuando recibimos halagos. Este comportamiento revela la inclinación natural hacia uno mismo. No obstante, la enseñanza bíblica llama a lo contrario: a amar, servir y buscar lo que beneficia a los demás antes que lo propio. Este contraste muestra la lucha constante entre la naturaleza humana y la vida espiritual.

La necesidad de cambiar el carácter

Cambiar el carácter no es una tarea sencilla, pero es indispensable para quien desea crecer espiritualmente. La larga lista de características negativas mencionadas por la Biblia para los últimos tiempos no está destinada únicamente a identificar a otros, sino a examinar nuestro propio corazón. La frase tan común, “si no me preocupo por mí, ¿quién lo hará?”, refleja ese amor propio desordenado que debe ser confrontado y transformado. El proceso de cambio comienza cuando reconocemos estas tendencias internas y buscamos la ayuda de Dios para desarrollar un carácter semejante al de Cristo.

La avaricia y el llamado a la generosidad

La avaricia surge cuando el amor propio se vuelve tan fuerte que nada parece ser suficiente. Esta actitud convierte los bienes materiales en una especie de ídolos que ocupan el lugar de Dios. La Escritura muestra que la avaricia no es simplemente un deseo de poseer, sino una condición del corazón que impide soltar, compartir y bendecir. En contraste, la generosidad es un fruto de un corazón transformado. Juan Bautista enseñó que quien tiene dos túnicas debe compartir con quien no tiene, revelando que la generosidad es una expresión tangible de la vida de Dios en nosotros.

La soberbia y sus efectos espirituales

La soberbia es uno de los pecados más peligrosos porque fue el inicio de la caída de Lucifer. La tendencia humana a autopromocionarse, a buscar reconocimiento y a atribuirse méritos revela un corazón desconectado de la gracia divina. Cuando una persona olvida que todo lo que tiene es un regalo de Dios, comienza a caer en la misma trampa que atrapó a Luzbel. La Biblia enseña que Dios resiste al soberbio pero da gracia al humilde, y aunque la humillación no nace

espontáneamente del corazón humano, es el camino hacia la verdadera elevación espiritual.

La desobediencia y la necesidad de obedecer

Desde la infancia, la humanidad manifiesta una fuerte inclinación hacia la desobediencia. Esta rebeldía no solo se ve en los niños, sino también en los adultos que se resisten a la autoridad divina. Para vencer la desobediencia, primero hay que reconocerla. Luego, es necesario pedir la ayuda de Dios para ser obedientes como Jesús lo fue. La obediencia no es una imposición, sino una oportunidad de alinear nuestra vida al propósito divino.

La ingratitud y el valor de la gratitud

La ingratitud es otro rasgo predominante en los últimos tiempos. La tendencia natural es no valorar lo que se recibe, quejarse por lo que falta y olvidar agradecer por lo que ya se tiene. Ser agradecido no significa simplemente decir “gracias” de manera superficial, sino reconocer con sinceridad las bendiciones y favores recibidos, tanto de Dios como de las personas. Cultivar la gratitud transforma la manera de ver la vida, alejando la queja constante y abriendo el corazón al gozo.

La relación con Dios y el corazón dividido de la humanidad

Muchos viven sin tener en cuenta a Dios durante la mayor parte del día. Solo se acuerdan de Él en momentos de necesidad o durante la oración. La Biblia describe a los impíos como aquellos que no consideran a Dios en su caminar diario. Además, la falta de afecto natural y la división entre pueblos y grupos muestran una humanidad marcada por el ego y la desconfianza. La verdadera unidad y el afecto genuino surgen

cuando el Señor habita entre los creyentes, restaurando relaciones y estableciendo vínculos sinceros más allá de intereses o rivalidades.

La torre de Babel y el espíritu del humanismo

La torre de Babel representa la actitud humana de querer demostrar que no necesita a Dios. Esa mentalidad humanista, centrada en la autosuficiencia y la independencia absoluta, trajo confusión, división y ruptura. En los últimos tiempos, esta mentalidad continúa manifestándose en la falta de misericordia y en la severidad de los juicios hacia los demás. No obstante, la Biblia recuerda que siempre hay lugar para el perdón, como se ve en la historia de David y del ladrón en la cruz. La misericordia es una expresión del carácter regenerado por Dios.

La calumnia, la crueldad y el rechazo a lo bueno

La calumnia se ha vuelto común, al punto de que muchas personas prefieren creer una mentira antes que la verdad. Hablar mal de alguien sin fundamento no solo daña al otro, sino que revela un corazón contaminado por la maldad. La crueldad también forma parte de la naturaleza humana caída, y se manifiesta incluso desde muy temprana edad. Por eso, elegir lo bueno es una decisión consciente que va en contra de la inclinación natural hacia lo malo.

La degeneración humana y la esperanza de regeneración

La Biblia muestra que la humanidad se ha ido degenerando desde tiempos antiguos, como en los días de Noé. Sin embargo, los creyentes tienen la oportunidad de experimentar una regeneración espiritual a través del Espíritu Santo. Aunque la

tendencia natural es el deterioro moral y espiritual, Dios ofrece restauración y una nueva manera de vivir.

La traición y el valor de la fidelidad

La traición es una característica dolorosa pero frecuente del corazón humano. Sin embargo, quienes han sido regenerados por Dios aprenden a ser fieles, a mantener sus compromisos y a honrar sus palabras. La historia de Judas y Pedro revela tanto la fragilidad del ser humano como la posibilidad del arrepentimiento y la restauración. La fidelidad es una virtud preciosa que refleja el carácter de Dios.

La autenticidad y una relación genuina con Dios

En los últimos tiempos, muchas personas fingen ser algo que no son. Dios, sin embargo, desea personas auténticas y transparentes. Asimismo, muchos buscan a Dios como un medio para obtener beneficios personales, pero la verdadera relación con Él no se basa en lo que se puede recibir, sino en deleitarse en Su presencia. Cuando el corazón se alinea con Él, entonces Dios concede los deseos del corazón, no porque sea un medio de obtener cosas, sino porque la voluntad es transformada.

La autoexaltación y el llamado a ser diferentes

La autoexaltación es una marca clara del egoísmo humano. Algunos viven con su ego como su “dios”, girando en torno a sus placeres y deseos. Aun así, en los últimos tiempos también habrá quienes aparenten piedad, pero su vida carecerá de autenticidad espiritual. El llamado para los creyentes es escapar de esta generación, dejar atrás el ego centrista y vivir bajo la gracia que transforma.

Conclusión

La enseñanza concluye con un llamado profundo: reconocer las tendencias del corazón humano y permitir que Dios intervenga en el carácter. Aunque la humanidad esté marcada por el egoísmo, la soberbia y la decadencia espiritual, la gracia de Dios ofrece una salida. Él invita a cada creyente a ser diferente, a reflejar el carácter de Cristo y a vivir como luz en medio de una generación que se aleja cada vez más de Él. Que la bendición de Dios acompañe este proceso de transformación constante.